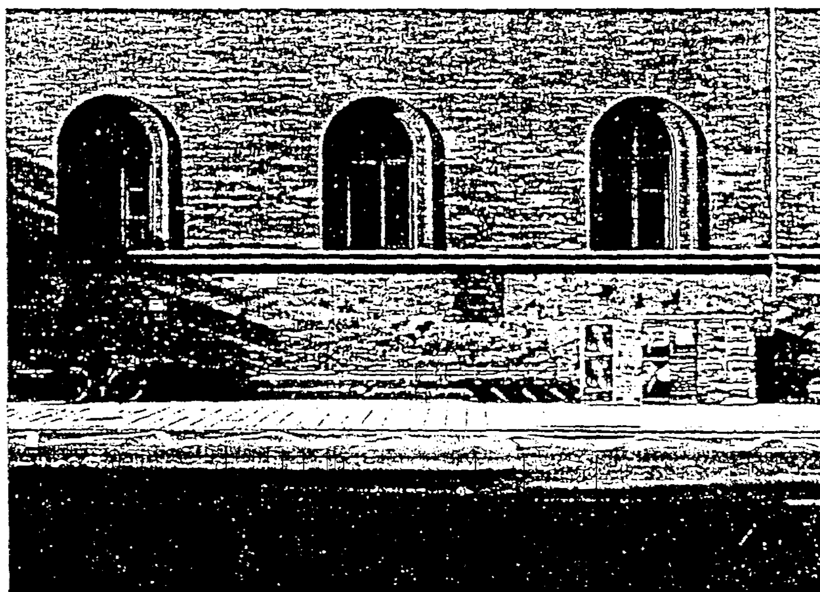
"Hay que volver a encontrar lo incierto en la historia". Paul Ricœur, decano de la filosofía francesa y testigo de nuestro siglo, examina en esta entrevista diversas cuestiones relacionadas con la rememoración de lo histórico.

- Jörg Lau: *En su larga trayectoria filosófica se ha ocupado usted de muchos temas, del psicoanálisis a la filosofía moral, de la teología a la estética; ahora dirige usted su atención hacia la historia. En su ensayo más reciente se choca con una exhortación enigmática: nos insta usted a "devolverle su futuro al pasado". ¿Qué quiere decirnos con eso?*
- Paul Ricœur: No podemos encerrarnos en el discurso de la culpabilidad. Esa exhortación se dirige por un igual a los alemanes y a los franceses, porque ustedes y nosotros hemos sido protagonistas de la terrible historia de este siglo. Hay pocas etapas históricas tan bien estudiadas como la que va de 1932 a 1945. La polémica de los historiadores alemanes ha vuelto a servir de impulso en esta ocasión; ya no es de temer que se nos oculte nada importante. Nuestra tarea, hoy, consiste en comprender. Tenemos que penetrar en lo que hicimos, en lo que no hicimos y en lo que sufrimos: creo que debemos salir del discurso jurídico del crimen y la culpa.
- *Eso suena un poco a contemporización...*
- No. Mire usted, hoy en día están resueltas dos cosas: la toma de conocimiento de los hechos y la condena de los culpables. El proceso Papon ha sido el último gran proceso de purificación político-moral. Allí acabó algo, pero perdura la necesidad de acometer el trabajo intelectual de comprender. Yo abogo por que en el trabajo historiográfico nos pongamos en el lugar de quienes protagonizaron los hechos en un momento en que no podían prever sus consecuencias. Yo formo parte de una generación formada intelectualmente en los años treinta y cuarenta. Me parece muy importante hacer hincapié en que en 1932, e incluso después de la llegada de Hitler al poder, no podíamos prever las consecuencias. Hay que recuperar la percepción de las vacilaciones, de la ambivalencia y de todos los intentos de orientarse y decidir. Hoy se habla de período prefascista y mentalidad prefascista simplemente porque después de aquel período llegó el fascismo. Yo me opongo



Beate Passow y Andreas von Weizsäcker
"Heridas del recuerdo"
Múnich, Universidad Luis-Maximiliano
© VG Bild-Kunst, Bonn 1999

al gesto de acusación permanente, porque esa actitud impide ser justo con los actores de la historia. Hay que volver a encontrar lo incierto que hay en la historia.

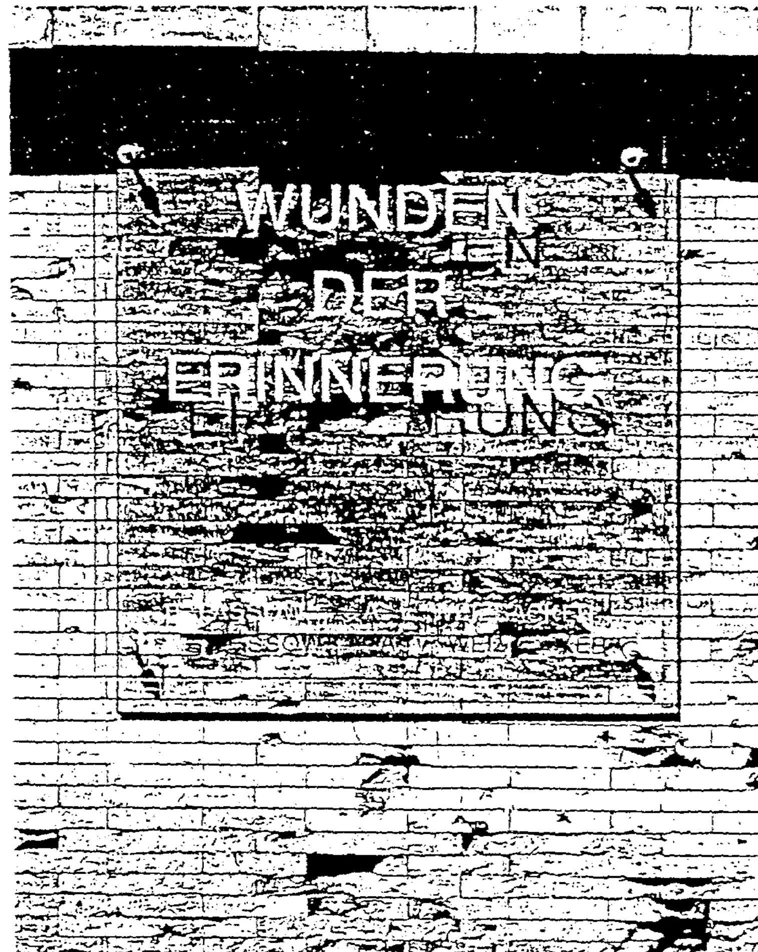
- *Una actitud muy benévola en alguien que pasó cinco años en un campo de prisioneros alemán...*
- Durante aquel tiempo leí la literatura alemana. En aquellos años, para mí los verdaderos alemanes estaban en los libros.

- *Un rasgo de generosidad por su parte. ¿Cómo le trataron en el campo de prisioneros?*
- Dependía de quien estuviera de comandante. El problema de todos los comandantes de un campo de prisioneros era evitar a toda costa el traslado al frente oriental. Y había dos posibilidades de evitar problemas en el campo: o ser muy severo o serlo muy poco. Yo tuve oportunidad de conocer ambos extremos. Tuve de comandantes a dos pastores protestantes. Uno era seguidor de Karl Barth y de la Iglesia confesora y el otro era nazi. Este otro hizo formar a los prisioneros un Viernes Santo y empezó su sermón diciendo que aquel día los judíos habían matado a Jesús. Siendo prisionero tuve ocasión de ver unas cuantas partes de Alemania. A medida que avanzaban los rusos nos trasladaban hacia el oeste. Así, en las marchas a pie desde Pomerania pude conocer poco a poco las antiguas ciudades alemanas de la Hansa. Por cierto, cuando ardió Hamburgo yo estaba muy cerca de la ciudad. A cincuenta kilómetros ya se veía el resplandor de las llamas.

- *Se niega usted a escribir la historia como si se tratara de la sentencia de un tribunal. Teniendo en cuenta su experiencia, resulta asombroso...*
- He aprendido mucho del psicoanálisis. En *Recuerdo, repetición y elaboración*, un texto que valoro por encima de muchos otros, Freud explica que para poder acometer el trabajo de recordar hay que romper con la repetición.

- *En sus trabajos sobre la historia ha hablado usted de la importancia del testigo y de su testimonio. Hoy, ésta cuestión resulta especialmente actual, porque dentro de poco ya no quedarán testigos de la historia reciente. Por lo que se refiere a los acontecimientos de la primera mitad del siglo, vamos a entrar en una fase de rememoración sin el concurso de testigos.*
- Yo mismo todavía soy miembro de la generación de los testigos presenciales. Y al mismo tiempo veo que la historia que yo he vivido ya se ha convertido en historia documental. Los testimonios se almacenan en archivos donde los historiadores los sistematizan. Para mí, la situación actual es un buen ejemplo de las tensiones que surgen cuando la memoria se encuentra con la historia. Ambas son importantes. Sólo la memoria viva avala la hondura corporal de la historia. Los documentos están muertos, y más tarde sólo las preguntas de quienes nazcan después de nuestra época podrán infundirles nueva vida. Por eso insisto en que la tarea del historiador consiste en descubrir el elemento de indecisión que hay en los actores de la historia. Es lo que puede transmitir el testigo de los hechos.

- *En Alemania se desarrolla actualmente un debate sobre una forma particular de rememoración: en Berlín debe erigirse un monumento a los judíos europeos asesinados. La polémica tiene que ver con una obra de arte y al mismo tiempo con cues-*



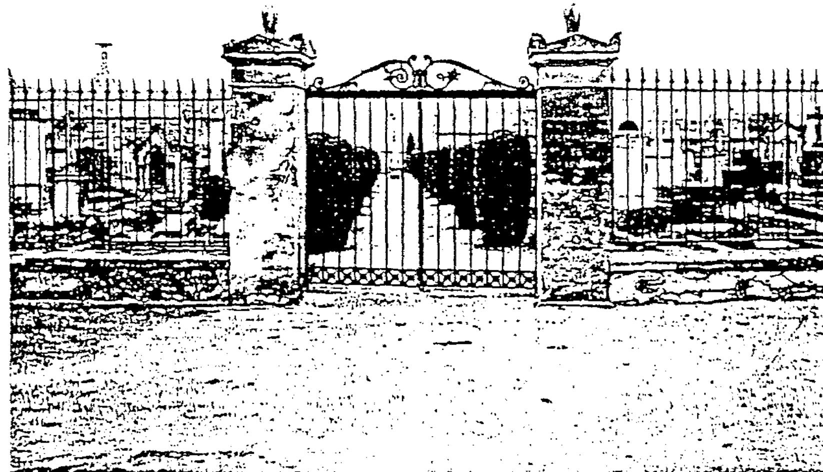
tiones político-morales de culpa y de complicidad. Unos quieren un gesto político y otros advierten del peligro de que tal gesto produzca un kitsch obsceno. Usted mismo critica la cosificación del recuerdo: dice usted que "el recuerdo no es ningún lugar que pueda visitarse". Pero ¿no es legítimo tratar de crear un lugar que pueda visitarse y en el que puedan celebrarse los ritos de la conmemoración?

- Creo que en la polémica que se desarrolla en su país no se trata de ningún problema nuevo. El gran historiador alemán Reinhart Koselleck ha escrito un libro sobre los monumentos a los soldados de las dos guerras mundiales en el que interpreta estos monumentos como elementos de atribución de sentido creados por los supervivientes. Los supervivientes interpretan lo que las víctimas han experimentado y le otorgan un sentido. Ello encierra una enorme responsabilidad, porque cada persona muere en secreto. No sabemos qué sentido otorga cada cual a su propia muerte, ni sabemos si le otorga siquiera un sentido. La obligación de los supervivientes es estar a la altura de esta circunstancia. Tiene usted razón al subrayar que levantar un monumento de esta clase es un acto eminentemente político; es un modo de dar un futuro a una vida a la que justamente se despojó de futuro. No podemos revocar la violencia ni el absurdo del morir.

- *Especialmente si, como en nuestro caso, los descendientes de los culpables se proponen levantar un monumento a las víctimas.*
- Sí, ésa es la fórmula que se emplea continuamente. Los descendientes de los culpables... Si fuera así de fácil... Cada persona estuvo más o menos involucrada, según su historia familiar, en todo aquello, y por eso no resulta fácil decir qué clase de comunidad componen ahora los de entonces y sus descendientes. Ahora, en cada uno de los dos grupos ya tiene una segunda y una tercera generación. Junto a los vástagos de los culpables y de las víctimas están los herederos de quienes no participaron activamente ni opusieron una resistencia activa. Es decir, este pueblo que se involucró en aquellos hechos por omisión y con su silencio (no sólo por cobardía, sino también por falta de comprensión de los acontecimientos) debe preguntarse ahora: "¿Qué clase de comunidad formamos?" Y al final queda una tarea agobiante: lo que pesa sobre nosotros es el silencio de los muertos.

- *Eso no resulta muy alentador...*
- Los sucesos de este siglo pueden hacer que uno vea la historia como un inmenso cementerio. Pero hay que resistirse a esa visión. La historia no está compuesta exclusivamente de muertos. A este respecto, yo suelo hablar de "la repercusión del futuro en el pasado". Los historiadores tienden a concebir el pasado como algo cerrado, concluido. Es una tentación muy fuerte creer que el pasado está determinado y el futuro es indeterminado. De lo que de veras se trata es de poner lo inconcluso del pasado a salvo del olvido. Los protagonistas de la historia tenían sueños, esperanzas sublimes, proyectos...

- *Usted advierte contra la presentación de la historia como "cementerio de las promesas incumplidas".*
- Sí, y lo hago para protestar contra quienes hablan del agotamiento del pensamiento utópico. A mi modo de ver, la frase "historia magistra vitae", la afirmación de que la historia es la maestra de la vida, no ha perdido su validez. Sólo se trata



"Les blessures de la mémoire"
Ammerschwihr, Alsacia, cementerio comunal
© VG Bild-Kunst, Bonn 1999

de entenderla de forma menos moralizante que como se entendía en la antigüedad. No comprendo cómo puede hablarse hoy en día de "muerte de las utopías". A mí me fascina poderosamente una época cuyo potencial utópico no me parece agotado ni mucho menos: la del encuentro del Humanismo con la Reforma, de Erasmo con Lutero: un encuentro que en su momento se frustró.

- *Tal vez no es casualidad que tenga usted que retroceder tanto en el tiempo. Los actuales debates sobre la historia no resultan muy elevados precisamente: el libro negro del comunismo, el proceso Papon, la polémica sobre el libro de Goldhagen... ¿qué conclusiones pueden sacarse del examen de estas cuestiones, aparte la del "nunca más"? ¿No le parece comprensible que hoy en día se prefiera desistir de grandes proyectos y vivir con pragmatismo en el presente?*
- Los ejemplos que usted menciona ilustran justamente esas malas relaciones con la historia a las que yo me enfrento. Esos debates están marcados por el signo de la repetición compulsiva, y al final es inevitable que el pasado aparezca como una carga insoportable y nada más. Quisiera advertir del peligro de abandonarse a la creencia de que mediante la simple rememoración repetitiva pueda impedirse la repetición de los horrores. En Francia se observa un verdadero abuso de la rememoración. Nos pasamos la vida conmemorando algo, pero no salimos nunca de la lógica de la repetición en sentido freudiano. Por lo demás, la pregunta que usted formula no es nueva. Piense en el texto de 1872 en el que Nietzsche reflexiona sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida. Nietzsche tenía razón: lo que cuenta es la vida. En Hannah Arendt, que como es sabido tenía muy poco que ver con Nietzsche, he encontrado una reflexión que apunta en una dirección parecida. Hannah Arendt se pregunta cómo puede seguir por buen camino la vida activa a pesar de una fijación que paraliza. Y para responder se sirve de dos conceptos: perdón y promesa. El primero lo entiende en sentido muy amplio, como posibilidad de liberarse y de obligarse de nuevo. Sólo quien puede liberarse puede volver a obligarse. Aplicado a nuestro problema, ello significa que es posible librarse de la carga del pasado y al mismo tiempo poner en práctica una política que sea una promesa: la promesa de que la historia no se repetirá. Ya ve usted cómo el problema de la memoria desemboca del modo más natural en cuestiones políticas.

●

(Die Zeit, parte de una entrevista)

Paul Ricœur (1913) es uno de los pocos pensadores de este siglo que no se ha afiliado a ninguna escuela ni ha querido fundarla. En la época de las ideologías, Ricœur ha actuado como pensador de la mediación. En una obra de múltiples facetas, ha recogido los grandes desafíos intelectuales del siglo: sus textos constituyen un esfuerzo sostenido por aproximar las esferas de pensamiento del psicoanálisis, el marxismo, el estructuralismo, la hermenéutica y la fenomenología.

Jörg Lau (1964, Aquisgrán), después de estudiar Germanística y Filosofía, fue redactor del diario *tageszeitung* de Berlín. Desde 1996 escribe sobre temas culturales para el semanario *Die Zeit*, desde 1998 como corresponsal de la oficina berlinesa. En otoño de 1999 aparece su biografía de Hans Magnus Enzensberger.



Las dos obras que se presentan aquí fueron tomadas de la serie "Heridas del recuerdo", nombre que dieron Beate Passow y Andreas von Weizsäcker a su proyecto, que se desarrolló a partir del intento de resguardar las huellas en Alemania, Francia, Austria, Polonia, República Checa, Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Aquí no se tiene como tema los crímenes epocales, ni Guernica o Hiroshima, sino la cotidianidad de la guerra, más privada, pero no por ello menos terrible. El motivo aparentemente trivial elegido por los artistas de los impactos de las balas en los edificios, que han resistido en gran medida incólumnes la lluvia de bombas y los incendios de grandes superficies, pone en evidencia la "rara antinomia entre el recuerdo y el olvido, el pasado y su subsistencia en el presente" (C. Vitali). Los agujeros de las balas han cicatrizado y para percibirlas se requiere generalmente de la mirada perspicaz del artista, que aquí se conforma modestamente con el papel del cronista. La estetización consciente del horror pone de manifiesto la ambigüedad de nuestra propia posición en relación a lo acontecido. Puede que sea la fascinación, también la belleza, lo que hace tan peligrosa a la violencia. "Quizá la mayor cualidad de esta obra sea el hacernos conscientes de estas ambivalencias en nuestra mente y así ponernos en alerta de nuestra propia disposición a ser seducidos", anota Christoph Vitali, director de la Casa del Arte en Múnich, en el prólogo del Catálogo.